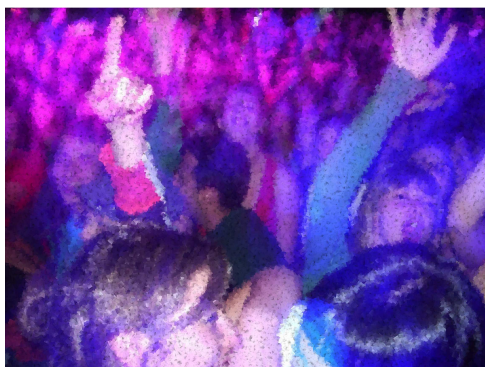


**RESUMEN DEL INFORME**

***ACTITUDES, INFORMACIÓN E IMPLICACIÓN DE LOS JÓVENES MADRILEÑOS EN EL  
DESARROLLO SOSTENIBLE***



El presente documento es un resumen de las principales ideas desarrolladas en el informe de la investigación cualitativa sobre *Actitudes, información e implicación de los jóvenes madrileños en el desarrollo sostenible*. La investigación ha consistido en la realización y análisis del discurso de 4 Grupos de Discusión, conformados por jóvenes de 16 a 29 años a partir de las variables de estrato social, edad y género, cuyas reuniones se celebraron en el plazo de tres semanas de los meses de abril y mayo del año 2007.

Las ideas más importantes, elaboradas a partir del análisis de los Grupos de Discusión, se presentan estructuradas en 5 apartados:

- 1- Medio ambiente.
- 2- Calidad de vida en la ciudad y desarrollo sostenible.
- 3- El papel de los distintos colectivos y actores sociales.
- 4- Información, sensibilización y formación medioambiental.
- 5- Participación y organización colectiva.

## **1. EL MEDIO AMBIENTE**

### **1.1. Preocupación generalizada y visión pesimista**

La experiencia y la actitud ambiental de los jóvenes se desarrollan en el contexto social y cultural en el que se socializan. Por ello, en el contexto español actual de preocupación por el medio ambiente (corroborado por numerosos estudios demoscópicos del Centro de Investigaciones Sociológicas, Eurostat, Obra Social de Caja Madrid, CIRES), resulta lógico que los jóvenes también reproduzcan una actitud de gran preocupación. Actitud que viene a reflejar la conciencia ambiental que se presupone han de tener hoy todos los ciudadanos españoles. Pero van un paso más allá, manifiestan una posición de preocupación extrema, pues consideran que el medio ambiente (al igual que ocurre con las nuevas tecnologías de la información y el conocimiento) es un tema que les afecta de manera especial y novedosa en relación con los adultos y los jóvenes de generaciones precedentes, y esa consideración les lleva a querer manifestar una preocupación extrema.

La preocupación constituye, en efecto, el rasgo más notorio de la actitud de los jóvenes hacia el medio ambiente. Una preocupación que se basa en la concepción del medio ambiente como algo bueno y bello en sí mismo, a la vez que necesario para la sociedad, por lo cual se debe respetar y conservar. Y, desde esta posición inicial, los valores de respeto y conservación del medio ambiente se convierten en valores morales incuestionables, que sólo alguien sin principios éticos puede transgredir intencionadamente.

El valor absoluto y abstracto del medio ambiente va acompañado de la percepción de una crisis medioambiental muy grave, cuya causalidad atribuyen al comportamiento de la sociedad moderna. Tal crisis se expone como una certeza incuestionable: no importa la veracidad de los datos aportados para demostrarlo, ni la fuente de información de la que provengan, pues se recurre a ellos como meros justificantes de un juicio mecánico dominante en la sociedad, para cuya defensa resulta secundario el conocimiento verídico de la problemática medioambiental. La información que exponen se utiliza como una artimaña para llegar al objetivo central del discurso, que consiste en revelar una posición afectiva positiva e irrefutable en relación con el medio ambiente. Se trata, en definitiva, de presentar y blindar como verdad irrefutable lo que es una posición personal que se sabe compartida con los demás jóvenes y con la sociedad en conjunto.

La visión que tienen los jóvenes de la situación del medio ambiente es pesimista y catastrofista, aunque la catástrofe no se considere inminente sino que se producirá con toda su gravedad en un futuro no inmediato. Ahora bien, la preocupación que deriva de esta percepción de la situación del medio ambiente es fundamentalmente afectiva y pragmática, no teórica o técnica. Asumida la certeza de la existencia y

gravedad de la problemática, su interés pasa a ser esencialmente pragmático: conocer lo que se debería hacer para reducir la crisis ecológica y conservar la naturaleza. Lo que más les importa es la mitigación de la crisis y las pautas y acciones concretas que se han de seguir para conseguirlo.

Sin embargo, el juicio mecánico y crítico sobre la situación del medio ambiente y sobre la responsabilidad difusa de la sociedad en ella, sirve al mismo tiempo como inhibidor de la acción y como legitimador de la mala conciencia personal ante la falta de comportamientos ecológicos acordes con la preocupación que expresan. El discurso crítico sobre el medio ambiente se convierte en un fetiche, que se puede utilizar para justificar las acciones individuales y para abstraerse de realizar comportamientos de cambio individual acordes con la gravedad que se otorga al problema.

En realidad, la preocupación medioambiental ocupa un lugar subordinado respecto a los intereses concretos de formación, empleo, obtención de una vivienda y, sobre todo, ocio y diversión, que consideran asuntos específicos de la juventud. Estos intereses, definidos desde la valoración suprema del poder del dinero y del éxito en la vida -que consideran impuestos por la sociedad a la que pertenecen-, son los que realmente orientan sus preocupaciones. Frente a ellos, el medio ambiente es un tema de interés secundario y distante, en el que cabe expresar sin inconvenientes una actitud extrema de preocupación, pero que pierde relevancia e importancia real. En su vida cotidiana, la preocupación por el medio ambiente no se vive ni se siente con la intensidad del ocio o los estudios, no les afecta como una vivencia personal en la que se sientan implicados.

Piensan que lo importante es, por un lado, disfrutar de una etapa vital sin grandes responsabilidades, que permite aprovechar con los demás jóvenes un tiempo de ocio del que no se dispondrán al pasar a la vida adulta; y por otro, sacar los estudios y situarse en una buena posición para triunfar más adelante. Estas prioridades se perciben como normales, en el sentido de que no caben alternativas y responden a lo que la sociedad les impone. Aunque no los estimen positivos, los jóvenes aceptan una jerarquía de valores y prioridades que asignan a la sociedad de la que forman parte, en la que predomina el valor del dinero, el individualismo y el consumo. De este modo, los intereses económicos individuales y el modelo de vida consumista predominan sobre los ecológicos, incluso cuando los costes ambientales de esta actitud resulten evidentes o tengan efectos directos, en cuyo caso se justifica el comportamiento desfavorable al medio ambiente trasladando a un futuro lejano la percepción de los efectos negativos. Se asume que la propia condición de joven implica, por un lado, aceptar tales valores y, por otro, adoptar una posición de defensa del medio ambiente que es más simbólica y abstracta que real.

No obstante, se percibe mayor atención y adhesión tanto por la temática como por la causa medioambiental, que por otros ámbitos como la política, el sindicalismo o la religión. Estos temas, que

fueron una preocupación juvenil principal de la generación de sus padres, han pasado a un plano secundario, ocupando su lugar las cuestiones vinculadas con las relaciones de género, el medio ambiente y la solidaridad.

Por lo que respecta a la preocupación por los temas medioambientales, aumenta con la cercanía de los problemas y con la importancia que les otorguen puntualmente los medios de comunicación. Se concentra en la sequía y el ahorro de agua, los fuegos de los veranos, la limpieza de las ciudades y el reciclaje, la contaminación local del aire o los efectos del abuso del transporte privado. Esta preocupación principal por los problemas sentidos como más cercanos no excluye una preocupación vaga y general por la gravedad de los problemas globales en el presente y, sobre todo, en un futuro relativamente lejano. Entre tales problemas destacan la reducción de los bosques, el agotamiento de algunos recursos -sobre todo de las energías no renovables- y, especialmente, el cambio climático por el efecto invernadero.

### **1.2. Concepción difusa e imprecisa del medio ambiente**

Pero la actitud de respeto y preocupación por el medio ambiente no implica que se defina con claridad el objeto de la misma. El concepto de medio ambiente que manejan es impreciso y polivalente. Por un lado, aprecian una clara diferencia y separación entre la naturaleza, que se identifica con el medio ambiente, y las ciudades, que son lo artificial, lo contrario del medio ambiente. Tienen una visión romántica e idealizada del medio ambiente como naturaleza incontaminada aparte de la ciudad, como algo separado de la vida urbana y sólo al alcance de quien vive en el campo o en las pequeñas ciudades. En este sentido, el medio ambiente es bueno y bello; y debe ser conservado, principalmente porque es un espacio de salida necesaria para los urbanitas (pues a pesar de la idealización del campo, se asume que la ciudad es el espacio por excelencia de la vida en la sociedad moderna).

Pero ello no significa que el término “medio ambiente” no se utilice, con otro significado, para referirse a lo urbano. En este caso, el medio ambiente son los elementos de la naturaleza presentes en la ciudad, entre los cuales se hace referencia a los parques y zonas verdes, la calidad del aire, el ruido o la limpieza viaria, y todos ellos se ven como deficientes o deteriorados. El medio ambiente en las ciudades se asocia con un problema de contaminación y de limpieza, y por eso el reciclaje es el tema que sale con mayor frecuencia cuando se habla de problemas medioambientales. Sin embargo, hay que destacar que el reciclaje no se aborda desde una concepción ecológica sólida y coherente sobre el uso de los recursos, que supondría tener en cuenta el ahorro y la reutilización de los mismos como principales problemas, sino reciclar para no contaminar, para ganar en limpieza y en salubridad. Se trata de una visión que podemos denominar higienista de la problemática medioambiental urbana, que se pone de manifiesto también en la concepción de las energías renovables sustitutivas del petróleo para los automóviles, las

cuales no se valoran por su dimensión ecológica básica de renovabilidad, sino por su cualidad de limpieza o de contribución a la disminución del nivel de contaminación.

Por otra parte, los jóvenes no manejan un conocimiento preciso de las características principales de los problemas medioambientales, sean éstos locales o globales. En ningún momento de las reuniones realizadas se esbozan datos que acrediten un conocimiento claro, por ejemplo, del cambio climático, las energías renovables, el agujero de la capa de ozono, la contaminación local del aire. Por el contrario, se confunden y atribuyen características de unos problemas a otros, como ocurre cuando se debate sobre el cambio climático. También se aportan datos con frecuencia exagerados, muy abultados respecto a su realidad objetiva, pues lo importante no es mostrar lo que se sabe sobre el tema, sino, simplemente, que se conoce la verdad de la realidad expuesta y se mantiene una posición clara sobre los problemas. Por ello, como se indicó más arriba, recurren de forma indistinta y entrelazada a datos procedentes de su propia apreciación directa de los problemas y a informaciones que han recibido en los medios de comunicación, para avalar lo que es el núcleo elemental de su discurso: a) la existencia de numerosos problemas medioambientales; b) que conforman en su conjunto una crisis de enorme gravedad; c) producida por la sociedad; d) frente a la cual sólo cabe una actitud favorable hacia medio ambiente.

Sin embargo, la falta de un conocimiento preciso de los problemas no implica el desconocimiento de ellos, ni anula la capacidad para seleccionar los principales. Más bien al contrario, se observa una idea bastante acertada de los mismos, de sus causas inmediatas y de los efectos más significativos. En definitiva, a pesar de tener una visión fragmentaria y muy esquemática de los problemas y de las causas, es suficiente para que puedan configurar una imagen simple y no carente de sentido sobre los componentes del medio ambiente y sobre los principales problemas medioambientales globales, nacionales y locales.

De todos modos, salvo excepciones, no hay una conceptualización sólida y coherente que introduzca sentido ecológico integral en la percepción de los problemas y en la actuación frente a ellos. Los jóvenes tienen una visión fragmentaria de los problemas y de sus causas, que no integran o vinculan con conceptos fundamentales de funcionamiento del ecosistema. Salvo en casos excepcionales, centran la problemática medioambiental en asuntos relacionados con la calidad de vida, la salud y la habitabilidad urbana y no con los factores de sostenibilidad de los ecosistemas sociales.

Si analizamos este tipo de conocimiento, podríamos en cierta forma hablar de analfabetos ambientales, pues los jóvenes saben qué tienen que decir sobre el medio ambiente, pero sin reflexionar ni ser conscientes de las razones en las que se sustentan sus juicios de valor. Manejan un discurso homogéneo y estereotipado, pero no se paran a pensar en la complejidad ambiental y social de la

cuestión medioambiental, ni tienen herramientas conceptuales para hacerlo. Falta un conocimiento básico del modo de funcionamiento de los ecosistemas naturales y de la ciudad como ecosistema urbano, de manera que se puedan concebir los problemas medioambientales en sus raíces y no sólo en sus síntomas o superficies. En definitiva, la problemática medioambiental planeada por los jóvenes no se refiere a la integración de los sistemas sociales en los ecosistemas naturales, pues falta la comprensión de qué es y cómo funcionan los ecosistemas naturales, de cómo se ajusta el funcionamiento de los sistemas sociales al funcionamiento ecosistémico de la naturaleza.

### **1.3. Mucho trecho del dicho al hecho: comportamientos ecológicos puntuales y escasos**

La actitud favorable hacia el medio ambiente no se plasma de manera directa ni inmediata en acciones efectivas o comportamientos positivos hacia la conservación y mejora del medio ambiente. Muy al contrario, los jóvenes manifiestan estar muy concienciados y, al mismo tiempo, admiten que sólo realizan acciones favorables a la conservación del medio ambiente en problemas muy concretos (el reciclaje en particular) o en momentos puntuales. Se hace evidente, en cualquier caso, que no existe una relación proporcional ni coherente entre, por un lado, el conocimiento y la actitud favorable al medio ambiente, y por otro su actuación cotidiana para resolver los problemas conocidos.

Se produce así un fenómeno de disonancia cognitiva (el concepto se refiere a la percepción personal de incompatibilidad de dos actitudes simultáneas o a un comportamiento contrario a la actitud que se defiende) que los jóvenes tratan de resolver a través de diversos argumentos. Para explicar tal disonancia entre los valores que sustentan sus actitudes y los comportamientos efectuados, los jóvenes aportan diversas causas y argumentos. El más común se refiere a la sensación subjetiva de no ser más que pequeñas piezas en el complejo engranaje de la máquina social, cuyo funcionamiento y fines se desconocen y sobre los cuales poco puede hacerse para cambiarlos. Una maquinaria que se considera, además, gobernada consciente e interesadamente por las elites económicas y políticas a nivel mundial, las cuales no demuestran interés real por solucionar los problemas medioambientales.

A la hora de actuar, los jóvenes suelen justificar su falta de iniciativa y compromiso manifestando que la responsabilidad principal es de otros (empresas y políticos), y que la repercusión de las actuaciones individuales es mínima, si bien actuar a pequeña escala puede tener sus pequeños frutos. En este sentido, es habitual entre los jóvenes esgrimir la presión que impone la tendencia general consumista en nuestra sociedad, como uno de los principales obstáculos para efectuar comportamientos ecológicos. El consumo ilimitado, que es objetivamente la causa principal de la situación del medio ambiente en el momento actual, se reconoce como un imperativo social del que no pueden ni quieren escapar.

En este marco general de socialización, resulta evidente que lo más interesado y cómodo para la juventud es no hacer nada, pues cualquier comportamiento pro ambiental se enfrenta a los valores y el discurso dominantes. La frase “*es más fácil no hacer nada*” se repite reiteradamente desde el discurso de resignación e impotencia de los jóvenes a la hora de explicar su comportamiento y el de la población en general frente al medio ambiente. Por ejemplo, se dice que llevar a cabo prácticas respetuosas con el medio ambiente supone un esfuerzo económico (encarece el gasto) e incomodidades (varias bolsas para el reciclaje, uso de un transporte público deficiente), que desaniman su realización. El comportamiento ecológico requiere un esfuerzo y un coste económico que implican enfrentarse a un modelo de conducta consumista que la propia sociedad impulsa, ante lo cual se opta por la pasividad.

No obstante, cambiando el punto de vista sobre esta cuestión, podemos afirmar que la conciencia medioambiental sólo asegura comportamientos ecológicos cuando ello supone escasas molestias o costes para las personas afectadas. Con más razón, si cabe, si esas pequeñas actuaciones efectuadas con reducido esfuerzo, sirven para superar subjetivamente la disonancia cognitiva que hemos señalado anteriormente.

Por último, los jóvenes destacan también que el comportamiento ecológico resulta a veces imposible por falta de infraestructuras o por la inadecuación de las mismas. Pero este argumento, que se refiere de manera principal a las infraestructuras de movilidad y de reciclaje de los residuos, no deja de ser un mecanismo más de traslado de las responsabilidades a los otros y de justificación de las propias conductas.

#### **1.4. Categorías de jóvenes en relación al medio ambiente.**

Para finalizar este apartado, podemos establecer cinco categorías o tipos ideales de jóvenes en relación con el medio ambiente.

La primera de ellas sería la de los *antiambientalistas*, que niegan la gravedad de la problemática medioambiental y consideran el mensaje ecologista como una especie de religión extremista y apocalíptica, defendida por grupos radicales y opuestos al progreso.

La segunda categoría estaría formada por los *indiferentes ambientales*: jóvenes con una reducida preocupación e interés por la problemática medioambiental, falta de un conocimiento básico de los problemas y un comportamiento exento de criterios ecológicos. No muestran una clara adhesión a valores medioambientales, pero tampoco se opone a ellos.



Los *pesimistas prácticos* constituyen la categoría predominante entre los jóvenes madrileños: clara actitud positiva hacia el medio ambiente, gran preocupación afectiva y un conocimiento simple y fragmentario de las características de los problemas, que, sin embargo, les sirve para hacerse una idea aproximada y cierta de la situación local y global, de sus causas inmediatas y de las soluciones. Carecen de una visión compleja del funcionamiento de los ecosistemas naturales y urbanos y aplican algunas recetas de actuación cotidiana: reciclaje de los residuos domésticos, ahorro de agua y electricidad, utilización de las papeleras en las calles, uso puntual del transporte público por motivos ecológicos, ahorro de papel y la compra excepcional de papel reciclado. Son pesimistas respecto a la gravedad de la crisis y sobre sus soluciones, y son prácticos porque en su comportamiento se atienen a los valores consumistas dominantes en la sociedad y tratan de solucionar prioritariamente los problemas que les afectan específicamente como colectivo social (ocio y formación en los más jóvenes, empleo y vivienda en los mayores). Y también son prácticos porque lo que les interesa de la cuestión ambiental es saber lo hay que hacer en concreto y en la vida cotidiana para evitar la catástrofe ecológica.

La cuarta categoría de jóvenes la componen los *activos individuales*. En relación con la categoría precedente, ésta añade una actitud afectiva más intensa, más claro conocimiento de los problemas locales y globales y de la vinculación entre ellos. Pero el rasgo definitorio de este tipo de jóvenes es su compromiso activo en la realización de actividades cotidianas favorables al medio ambiente, así como la conciencia del carácter testimonial y ejemplarizante de sus acciones, que van más allá del reciclaje y el ahorro de agua; incluyen el uso del transporte público por motivos ecológicos, la compra de productos con etiquetado ecológico o la colaboración puntual en acciones colectivas.

La última categoría, claramente minoritaria, estaría formada por los *activos organizados*, que representa el mayor grado de compromiso y activismo frente a la problemática medioambiental, aun cuando se observen diversidad de fines, formas y estrategias para conseguirlo. Esta posición defiende la capacidad del movimiento asociativo como movimiento de la sociedad civil para transformar el entorno más cercano e impulsar cambios de alcance global.

Respecto a este conjunto de categorías, cabe destacar que no guardan relación con las variables de edad, género o estrato social, pues no se aprecian diferencias significativas por ninguna de ellas.

## **2. CALIDAD DE VIDA EN LA CIUDAD DE MADRID Y DESARROLLO SOSTENIBLE**

### **2.1. Diversidad de oferta y de opciones vs. calidad medioambiental**

La calidad de vida es una apreciación subjetiva de valoración de las condiciones en las que se desarrolla la vida en sociedad. En el caso de los jóvenes madrileños, la calidad de vida se vincula con cinco componentes principales: el coste económico de la vida cotidiana; la disponibilidad de tiempo libre; las relaciones personales; la diversidad y amplitud de la oferta de bienes y servicios; y la calidad del medio ambiente urbano.

Enfatizando selectivamente alguno de estos componentes, muestran dos posiciones opuestas en relación a la calidad de vida en Madrid. Una sostiene que en Madrid se puede disfrutar de alta calidad de vida pues se dispone de bienestar material y de una amplia gama de infraestructuras y servicios, además de numerosas alternativas de ocio y posibilidades de interacción social. La otra posición enfatiza la masificación y la falta de componentes naturales del medio urbano, negando calidad de vida en la ciudad. Pero el énfasis en una de esas dos dimensiones no deja de reflejar un ideal de calidad de vida que debe integrar a ambas. Lo que ocurre es que ante la situación concreta de Madrid, tienden a adoptar una visión polarizada, defendiendo unos que la calidad de vida en Madrid es alta por la posibilidades materiales y sociales que ofrece, y otros que es baja por su deficiente calidad medioambiental.

Pero no se aprecia que estas posiciones bipolares vayan asociadas con una mayor o menor preocupación por los problemas del medio ambiente, sino con la mayor o menor valoración que otorguen a la cercanía y posibilidades de disfrute del medio natural, lo que en todo caso implica un valoración positiva de la naturaleza. Las clases altas, se dice, por ejemplo, disfrutan de mayor calidad de vida porque al tiempo que gozan de las ventajas materiales de la ciudad, pueden vivir en zonas de chalet, con jardín, piscina y proximidad a la naturaleza.

### **2.2. Aspectos positivos y negativos**

En todo caso, los jóvenes coinciden en señalar los mismos problemas que afectan a la calidad de vida en la ciudad. Así, a la hora de describir con más detalle la calidad de vida en Madrid, señalan que sus habitantes son, en general, egoístas, individualistas e, incluso, desconsiderados con los demás, debido al estresante ritmo de vida y la estructura de la ciudad, lo cual impide disponer del tiempo y los espacios adecuados para una mejor interacción social.

Otro componente del déficit de la calidad de vida en Madrid es la contaminación atmosférica, la mala calidad del aire. En nuestra ciudad lo perciben con facilidad porque es algo muy visible, y hablan de ello como “una capa de mierda” que se ve desde la distancia, “desde la sierra” por ejemplo. Consideran que la causa principal de la polución la constituyen los gases emitidos por los vehículos de uso privado, cuyos principales responsables son los ciudadanos por no hacer un mayor uso del transporte público; pero también las autoridades, por no favorecer el uso de este tipo de transporte, por ejemplo, con precios más bajos o mayor frecuencia de las líneas de autobuses y metros. Sin embargo, llama la atención que no se haga referencia a las emisiones producidas por las industrias ni a la responsabilidad de los empresarios, cuando los jóvenes creen que son éstos, junto a los gobiernos, los principales responsables de la situación medioambiental. La responsabilidad atribuida a los ciudadanos en la contaminación atmosférica local viene a indicar que los jóvenes son conscientes de la importancia de sus acciones, aunque por motivos que ya se analizaron anteriormente, transfieran la responsabilidad a otros actores.

También aparece como un componente principal del déficit de calidad de vida en Madrid el progresivo aumento de la distancia entre el espacio doméstico, los lugares de estudio o trabajo y las zonas de ocio (la separación funcional consagrada en el urbanismo por la Carta de Atenas) que aumentan el tiempo y la incomodidad de los desplazamientos. El alto precio de la vivienda y la obligación de comprarla en lugares cada vez más distantes viene a incrementar de manera exponencial este problema.

Otros aspectos negativos señalados son la falta de árboles y espacios verdes en determinadas zonas de la ciudad, la escasez de papeleras y la contaminación lumínica. Los jóvenes de mayor edad también resaltan que Madrid es una ciudad ruidosa, aunque no den tanta importancia a este problema como los adultos.

Pese a todo y por encima de los problemas señalados, los jóvenes reconocen y valoran los aspectos positivos de Madrid: la enorme y diversa oferta de bienes, servicios e infraestructuras con que cuenta la ciudad, las zonas verdes existentes (en los distritos mejor dotados), el número de contenedores de reciclaje y la limpieza de las calles (se llega a percibir Madrid como una ciudad bastante limpia, más que otras ciudades). Los principales aspectos que destacan y que les llevan a preferir la vida en esta ciudad y no en otras, incluso reconociendo graves problemas de calidad de vida -como se ha indicado-, son los relacionados con la oferta de infraestructuras, bienes y servicios. En definitiva, todo lo relacionado con el consumo, el ocio y los estudios, y -sólo tangencialmente- con las expectativas de trabajo, que son los asuntos de interés prioritario para la juventud y los que encajan con los valores dominantes en la sociedad.

Por otro lado, los jóvenes aprecian diferencias importantes entre distintas zonas de Madrid, siendo los nuevos barrios periféricos los que parecen tener una mayor calidad de vida al contar con mayores zonas verdes, menos ruido, menos problemas de aparcamiento, etc. Piensan que las zonas ya consolidadas “arrastran” problemas estructurales que dificultan la mejora de la calidad de vida, mientras que los nuevos barrios disponen de una mejor ordenación y planificación urbana y, a su entender, minimizan el impacto medioambiental. También aprecian diferencias entre Distritos determinadas por el nivel de renta de los residentes, apuntando que hay barrios de rentas bajas que “están muy dejados” (principalmente en cuanto a limpieza viaria, conservación de zonas verdes, recogida de basura y seguridad ciudadana) en comparación con los distritos donde los vecinos tienen un mayor nivel de renta. En este sentido, los jóvenes de estratos sociales bajos aprecian que la calidad de vida en los barrios de estratos altos es mayor porque la Administración Pública les presta más atención, les da mayores infraestructuras y servicios y les cuida mejor.

### **2.3. Confusión y ambigüedad sobre el desarrollo sostenible**

Si la conversación sobre medio ambiente transcurre con fluidez y espontaneidad en los grupos de discusión, no ocurre lo mismo cuando se trata de hablar del desarrollo sostenible. El medio ambiente, aun no teniendo una conceptualización clara, precisa y compleja en los jóvenes, forma parte de su contexto informativo y discurso cotidiano, pero el desarrollo sostenible pertenece a otro nivel de abstracción y razonamiento que no se maneja y que se evita.

El desarrollo sostenible es una palabra -más que un concepto- carente de significado o, por el contrario, con tal densidad semántica que les sirve para abarcarlo todo y para justificar acciones absolutamente contrapuestas. Las definiciones que hacen del concepto son imprecisas y poco consistentes. La palabra “desarrollo” se entiende, pero la palabra “sostenible”, no. En la mayoría de los casos, la unión de ambas se concibe como una especie de tecnicismo que ha surgido en los últimos años desde un ámbito científico, lejano de la vida cotidiana de los jóvenes. Consideran que la utilización de otra terminología más clara permitiría una mejor comprensión de la idea al ciudadano común. Dicho en términos prácticos, si el tema de la “sostenibilidad” traspase las fronteras de lo científico y de lo técnico, a través de un proceso pedagógico, podría llegar a la esfera de la cotidianidad y ser asimilado por toda la sociedad.

En su idea de desarrollo sostenible se obvia, por ejemplo, la referencia a las generaciones futuras. Al conversar sobre los problemas medioambientales globales, los jóvenes hacen constantemente referencia al futuro, a la cierta inminencia de sus consecuencias, pero a la hora de hablar de desarrollo sostenible no se toma en cuenta esa dimensión temporal. Tal vez porque a los jóvenes les preocupa el presente y el mañana se ve muy lejano, y, en todo caso, se identifica con otros temas de interés (los que les afectan

para su incorporación a la vida adulta plena en la sociedad). O tal vez porque las generaciones del futuro son ellos mismo, los que viven el presente.

Del mismo modo, salvo en el caso de los jóvenes más comprometidos y defensores de las organizaciones sociales, hay que hacer notar también la falta de una conceptualización del desarrollo sostenible que integre los componentes medioambientales, económicos y sociales. Sólo de manera muy puntual, introducida por estos jóvenes -generalmente desde una perspectiva de cambio social profundo y global- se hacen comentarios sobre las dimensiones económicas, sociales e internacionales del desarrollo sostenible, que significativamente no son abordadas en la discusión. Probablemente esto se deba –además de la falta de conocimiento- a que se intuye que el concepto de desarrollo sostenible tiene una connotación política, y el mundo de la política no sólo les es en general ajeno sino que hay que tratar de evitarlo en la conversación con los otros jóvenes. El medio ambiente no es un tema que genere polémica y conflicto, pero el desarrollo sostenible, por su dimensión política, sí la produce y, por eso, en aras del consenso grupal, se prescinde de comentarlo en las reuniones de los grupos de discusión.

Algunos jóvenes, mostrando una visión negativa del modelo actual de urbanismo, que se considera insostenible, reivindican un nuevo modelo de ciudad que sea más compacta. En efecto, aunque no se defina con claridad conceptual como un urbanismo disperso, se aportan numerosas opiniones que lo concretan: separación funcional y gran distancia de los distintos usos del territorio (trabajo distante del domicilio, vivienda familiar en la periferia frente a la centralidad urbana de los centros universitarios, oferta de ocio y comercio alejada del barrio de residencia, etc.); déficit de espacios cómodos para mantener relaciones de socialización juvenil; invasión del espacio público por el automóvil privado. Sin embargo, consideran que para que una ciudad sea sostenible hay que planificarla con otros criterios desde los orígenes, y por consiguiente ven poco viable el desarrollo sostenible en una ciudad como Madrid, debido a los problemas estructurales que sufre.

Para finalizar este apartado, es preciso señalar que en los Grupos de Discusión y por razones derivadas de los objetivos del proyecto, se introdujo explícitamente el tema de la Agenda 21 por parte de los moderadores de las reuniones. Pero pocas conclusiones se pueden extraer sobre este tema, salvo la constatación del desconocimiento general de la Agenda 21, de su significado y de la existencia de la Agenda 21 de Madrid. Aunque por razones técnicas no pueda dársele ningún tipo de representación estadística, no deja de ser significativo que sólo una persona de los cuatro Grupos de Discusión conociera la Agenda 21 de Madrid, y además hubiera participado en la Consulta Pública de los Planes de Acción de los Distritos. Esta persona destacaba el esfuerzo personal que suponía participar, y el resto de jóvenes coinciden en opinar que poca gente estaría dispuesta a sacrificar su tiempo para hacer ese esfuerzo de participación, pudiéndolo dedicar a otras cosas. Además, justifican su desconocimiento por

la falta de información proporcionada por el Ayuntamiento, y ponen en duda la relevancia que se dará a las opiniones de los ciudadanos recogidas en la Consulta Pública

### **3. EL PAPEL DE LOS DISTINTOS COLECTIVOS Y ACTORES SOCIALES EN LA PROBLEMÁTICA MEDIOAMBIENTAL**

#### **3.1. Entre todos la mataron...**

Para conocer la opinión de los jóvenes sobre el papel de los actores sociales respecto al medio ambiente, conviene comenzar analizando la asignación que hacen de responsabilidades causales en la problemática medioambiental. En general, se hace una atribución genérica de responsabilidades a la sociedad en su conjunto, pero sin establecer una causalidad sistémica y estructural de la crisis medioambiental. No hay, como se vio en un capítulo anterior, una visión ecosistémica de la problemática, que permita comprender en su interacción los distintos componentes causales y, como consecuencia, las soluciones de carácter estructural y sistémico. Por eso, aunque con frecuencia se dice *“habría que cambiarlo todo”* o expresiones similares utilizadas para indicar la causalidad sistémica de la problemática medioambiental y la necesidad de acometer un cambio radical y global, reflejan más la resignación ante la imposibilidad del cambio y la justificación de la inacción individual, que un fin realmente posible y deseado. Los jóvenes, salvo los más activos y vinculados con las organizaciones sociales, no creen posible ni se plantean ese cambio estructural, más bien aceptan y defienden el modelo general, en el que se encuentran cómodos y sobre el cual cabe efectuar algunas reformas que lo hagan viable ecológicamente.

Sin embargo, al igual que ocurre con el conocimiento por parte de los jóvenes sobre los problemas ambientales, también aquí la falta de esa perspectiva sistémica y estructural no impide que manejen un conocimiento cierto, aproximado y realista de los principales factores causales. A este respecto, podemos agrupar las opiniones de los jóvenes sobre las causas de la problemática medioambiental y de sus soluciones en cinco grandes áreas: los valores y las creencias; el sistema productivo; la política; la educación; y la ciencia.

El cambio principal que plantean para solucionar los problemas tiene que ver con el cambio de los valores. Como vimos en el capítulo dedicado a los comportamientos de los jóvenes, éstos destacan como valores dominantes en la sociedad y causantes de la problemática medioambiental el consumismo, el valor absoluto del dinero, el egoísmo individual y grupal, y el conformismo. También señalamos que, aunque los consideran negativos para la conservación de la naturaleza y la habitabilidad de la ciudad, los asumen como socialmente impuestos y prioritarios en su vida cotidiana. Entonces, ¿quién, cómo y cuándo se pueden y deben cambiar los valores sociales dominantes hacia otros que faciliten la conservación del medio ambiente?

Dos son las vías priorizadas, por un lado mediante un proceso educativo que convencerá a los niños de que deben comportarse ecológicamente; y por otro a través de una normativa que obligará a las empresas y a los ciudadanos a comportarse correctamente, aunque suponga costes y esfuerzos. Así, frente a la asunción de que todos los actores sociales guían su conducta por valores perjudiciales para el medio ambiente y que nadie en la sociedad -salvo algunas personas a nivel individual y unas pocas organizaciones sociales- tiene interés por cambiarlos, la solución pasa por la educación en valores ecológicos y por la actuación firme del poder político.

### **3.2. Administración pública, empresas, organizaciones sociales, expertos, ciudadanos.**

Sostienen que la Administración Pública ha de ser especialmente dura con las empresas, pues piensan se burlan sistemáticamente de la ley, ya sea por la falta de control público de sus actuaciones o porque les resulta más beneficioso pagar las sanciones que actuar con criterios ecológicos. Se asume que los valores que guían el comportamiento de las empresas no van a cambiar, y que el objetivo central de obtención de beneficios por encima de cualquier otro valor se mantendrá siempre. Si actúan ecológicamente es por miedo a las sanciones, por ofrecer una imagen ambientalista que facilite la venta de los productos y la ampliación del mercado, o por las ventajas fiscales o subvenciones que reciben del Estado.

Se constata, por un lado, la asignación de una responsabilidad básica y principal a las empresas en la problemática del medio ambiente; y, en consecuencia, si son responsables de los problemas, son vistas también como el principal actor de cualquier intento de cambio realista y eficaz de la problemática medioambiental, pues sin su implicación no se podrá conseguir una reducción o eliminación de los más graves problemas medioambientales. Pero, paralelamente, se muestra una desconfianza radical hacia las que declaran comportarse de manera favorable al medio ambiente y hacia sus campañas publicitarias de compromiso medioambiental. En definitiva, como se desconfía de sus intenciones y de sus acciones, el desempeño del papel protagonista que se les asigna no podrá venir de la iniciativa de las propias empresas, de modo que sólo cabe incentivar económicamente desde la Administración Pública el uso de tecnologías más limpias y sistemas de producción más ecológicos, y sobre todo y por encima de todo, normas y duras sanciones para quienes las incumplan.

A la administración pública no sólo se le reclama que ejerza eficazmente sus funciones normativas, de vigilancia y control, sancionadoras e incentivadoras, también se le pide el desarrollo de acciones públicas para la conservación de los recursos naturales y para la mejora del medio ambiente urbano. En última instancia, es en la Administración Pública en la que se depositan las esperanzas de liderar e imponer cualquier cambio social hacia valores y conductas ambientalistas. El Estado y los distintos niveles



administrativos que lo integran, junto a los organismos públicos internacionales, se convierten en los impulsores y garantes del cambio social y económico necesario para solucionar los problemas medioambientales. Para ello, han de hacer uso de sus competencias normativas en todos los frentes, de sus políticas (principalmente en transporte público, dotación de infraestructuras, urbanismo y planificación urbana, dotación de parques y conservación de zonas naturales, limpieza y reciclaje, información y sensibilización), y de su potestad de control y sanción de las conductas irresponsables. Lo que no se sabe es cómo están distribuidas las competencias que pueden afectar al medio ambiente entre los distintos niveles de la Administración Pública, distinguiéndose básicamente entre el nivel nacional y el nivel local, y asignándole a este último la labor principal de mejora del medio ambiente urbano.

Aunque se desconfía de las intenciones de los gobernantes, de su imparcialidad, interés y compromiso con los temas medioambientales, se sobreentiende que si están en el gobierno deben impulsar en la práctica el compromiso con el medio ambiente. Además, la acción de la administración pública ha de mostrar sus efectos tangibles y a corto plazo, si se quieren ver resultados próximos y palpables (más árboles y parques, menos polución, mejor limpieza urbana) como requisito para la acción de los ciudadanos. Se reconoce que la acción local tendrá una repercusión global, pero los problemas globales se ven tan distantes y etéreos que lo que importa de cara a la visibilidad de los resultados es su dimensión local y concreta.

En relación al papel nuclear que se otorga al Estado, las organizaciones sociales son percibidas como más honestas y coherentes, pero poco fiables respecto a su gestión pública de los problemas. Se confía en ellos como sujetos con capacidad de protesta; como actores necesarios para poner de manifiesto los problemas medioambientales y las prácticas antiecológicas del poder político y económico. Necesarios también para informar, sensibilizar y concienciar, pero situadas al margen del marco y las estrategias de poder político. El campo de acción de las organizaciones sociales no es el de la política sino el de la sociedad civil, no es la gestión de lo público sino la vigilancia de los poderes públicos, no es un espacio de imparcialidad y objetividad sino de adhesión personal y afectiva a posiciones ecologistas. Su función es la de hacer valer el ecologismo frente al economicismo imperante, la conservación del medio ambiente frente a su destrucción, la influencia sobre los partidos políticos y sobre las instituciones, pero se duda de su capacidad para, en la práctica, integrar armónica y equilibradamente el desarrollo económico y la sostenibilidad. En opinión de los jóvenes, a las organizaciones sociales les falta el realismo que muestran los partidos políticos para negociar y gobernar, son vistas como grupos de presión imprescindibles pero excesivamente idealistas o radicales.

Por lo que respecta a la ciencia, los jóvenes no le atribuyen ninguna responsabilidad en la generación de la problemática medioambiental actual. Es, en todo caso, la aplicación instrumental e interesada del conocimiento científico por parte de las empresas el causante de los problemas. Los científicos gozan de gran aprecio por parte de los jóvenes, tanto por su carácter neutral y objetivo de conocimiento, como por su función esencial para descubrir, informar y dar soluciones eficaces a los problemas. La confianza depositada en la capacidad innovadora e inventiva de la ciencia para resolver la crisis ecológica es grande (especialmente en lo que se refiere a la contaminación del aire, la utilización de energías renovables, la eficiencia en el uso de los recursos), pero se duda de que los intereses económicos de las empresas más poderosas (las de energía y transporte) vayan a facilitar el uso inmediato de los avances científicos. Se apunta que los científicos han producido ya un conocimiento eficaz para solucionar algunos problemas, pero se acusa a las grandes empresas nacionales y, sobre todo, internacionales, de impedir o ralentizar el uso de tales conocimientos porque perjudica sus intereses económicos y su estructura productiva.

En cualquier caso, se acepta a los científicos como actores independientes básicos para descubrir, informar y dar soluciones técnicas a los problemas. Por ello, se reclama mayor inversión pública y de las empresas en investigación. Al mismo tiempo, se les pide que transmitan sus conocimientos de manera sencilla y comprensible para los ciudadanos. Y, sobre todo, de cara a la población, se les reclama que elaboren soluciones concretas, una especie de recetario de acciones que pueda ser aplicado por los ciudadanos en su vida cotidiana sin necesidad de esforzadas reflexiones.

## **4. INFORMACIÓN, SENSIBILIZACIÓN Y FORMACIÓN MEDIOAMBIENTAL**

### **4.1. Información, medios de comunicación y recepción de las noticias**

Los jóvenes se consideran bastante bien informados sobre la problemática medioambiental, aunque, como vimos en el capítulo dedicado al conocimiento de estos temas, su conocimiento real es bastante simple y escaso. Algunos consideran que la información es insuficiente y otros, por el contrario, que existe ya una saturación de información que puede provocar la apatía o el rechazo por la misma. De ambas posturas, la posición dominante es la que demanda mayor información, formación y motivación, vinculando estrechamente los tres términos: se requiere formación útil para la acción correcta y comprometida con el medio ambiente, y para ello se considera que la información es todavía insuficiente y no motiva en el grado que debería.

Sin embargo, el interés por recibir información es relativamente bajo en el contexto de otras preocupaciones que consideran propias de la juventud (ocio, educación, empleo, y –los más mayores– vivienda). Se sabe que la información disponible sobre temas medioambientales es mucha en el momento actual, pero el interés por recibirla es escaso y no se realiza ningún esfuerzo por acceder a ella o por profundizar en sus contenidos. No obstante, el interés es elevado respecto a otros temas y muy superior al interés por la información política y económica.

Su interés se vincula con los tres tipos principales en los que diferencian la información que reciben sobre temas medioambientales: una creciente información sobre el medio natural (fauna y flora) y, en menor medida, el medio ambiente urbano, que ha pasado a formar parte habitual de la agenda de contenidos de los medios de comunicación. Las noticias sobre catástrofes naturales puntuales, que llaman especialmente su atención, en particular si son de carácter local o nacional. Y, por último, los reportajes más sesudos, intelectuales o académicos. Hacia las primeras se está produciendo una creciente predisposición de atención, pero básicamente como un entretenimiento más. Tiene un importante calado a nivel afectivo y de respeto y valoración del medio ambiente natural, pero apenas afecta a las conductas, salvo que vaya acompañada de instrucciones concretas y claras de actuación en actividades cotidianas que requieran escaso esfuerzo.

En cuanto a la información sobre catástrofes en el medio natural, se observa que son las que muestran mayor impacto en la juventud, aunque tengan un carácter puntual. Acontecimientos como la contaminación de las costas gallegas por el derrame de petróleo del Prestige, los fuegos reiterados de los bosques en verano, la sequía y los cortes de suministro de agua, las inundaciones y otras catástrofes similares, son sucesos que se encuentran en la memoria y en la retina de los jóvenes. Se trata en todos

los casos de catástrofes puntuales, difundidas por los medios de comunicación, y que son percibidas con gran impacto. Esta información forma parte del acervo de conocimiento de la juventud sobre los problemas medioambientales y se convierte en un referente claro y tangible del que se puede echar mano con facilidad para mostrar que se conoce la gravedad de los problemas.

Por último, la información más elaborada, profunda y compleja, resulta de muy escaso interés para los jóvenes. Este tipo de información, ausente o muy escasa en el medio televisivo, se tacha de aburrida, agobiante, difícil de comprender y limitada al interés de sectores comprometidos de la juventud. Saben que existe información abundante y a su alcance en Internet y en los periódicos más serios (en ningún grupo de discusión se habla de bibliotecas o de libros), pero no es ésta la información que demandan ni creen que sea la más necesaria. Su interés por la información sobre medio ambiente se centra en conocer de forma fácil, genérica e inmediata los problemas medioambientales y las soluciones concretas a tales problemas.

Como corroboran los estudios demoscópicos, los Grupos de Discusión realizados para la presente investigación muestran que la televisión es el principal medio de recepción de información, en un marco informativo de entretenimiento lúdico. Esto se comprueba no sólo porque se dice explícitamente que es así, sino también porque cuando se comenta algo sobre la información que se recibe, la conversación se centra espontáneamente en la televisión. La prensa escrita pierde valor como instrumento de comunicación efectiva en estos temas, pues carece del atractivo audiovisual (y espectacular, en muchos casos) que ofrece la televisión.

En un marco informativo de entretenimiento, la televisión es el principal vehículo de recepción de información medioambiental de la juventud. Ahora bien, si reparamos en que el mensaje televisivo en estos temas suele ser simple; efectista y ligado a la dimensión afectiva más que a la cognitiva; concentrado mayoritariamente en la exposición de documentales de la naturaleza y en las noticias de catástrofes; y digerible por todos los públicos; no resultará extraño que el conocimiento y la formación que muestran los jóvenes en este campo guarde estrecha relación con esas mismas características de la información televisiva que las sustenta.

Además, resaltan que la televisión muestra información contradictoria, pues la información y las campañas por impulsar hábitos y pautas de conducta consumista se superponen y distorsionan los mensajes que impulsan comportamientos ecológicos, generalmente excepcionales en el marco de la abrumadora publicidad consumista.

En este contexto, los jóvenes reconocen que no prestan interés informativo profundo por el tema, por lo que se proponen técnicas de marketing y publicidad subliminal, para que los mensajes lleguen a la población sin que requieran un esfuerzo especial de atención (a través de personajes famosos y de áreas de entretenimiento de especial interés de los jóvenes, como los deportes, series televisivas, música). Por ello, también se siguen proponiendo los medios audiovisuales, y de forma muy destacada la televisión, para transmitir esos mensajes simples y eficaces. En lugar de una información compleja, detallada o técnica, se proponen campañas de concienciación y de motivación de la acción que permitan conocer de forma fácil, genérica e inmediata los problemas medioambientales y las soluciones concretas a tales problemas. Lo importante es que las campañas transmitan información sencilla, entretenida y, principalmente, operativa y cercana a las preocupaciones del público destinatario. Echan en falta información positiva, ejemplarizante, que incentive el comportamiento positivo de quienes visualizan los ejemplos.

#### **4.2. Educación**

Junto a la información, la educación es el punto neurálgico y la fórmula más destacada por la juventud para conseguir mayor sensibilización y mayores cuotas de acción a favor del medio ambiente. Por un lado sitúan la educación infantil, que implica sensibilización y aprendizaje mecánico de conocimientos, recepción de inputs informativos; y por otro la educación de los jóvenes y los mayores a través de los medios de comunicación. En el caso de la educación infantil, se propone desarrollarla tanto en la familia como en la escuela, a las cuales se les asigna un papel fundamental como transmisores de valores y de comportamientos a través de la práctica cotidiana, sobre todo en temas de reciclaje.

El desarrollo sostenible sería un modelo que los expertos deben elaborar y transmitir y que los ciudadanos deben incorporar. Un modelo, además, concreto y operativo, una especie de guía o recetario de actuación que se debe cumplir por parte de todos. Más que una reflexión activa sobre un tema complejo, la educación se plantea como transmisión clara de conocimientos sobre problemas específicos con explicaciones muy sencillas y soluciones muy concretas. Pero sin olvidar la dimensión afectiva de la educación en medio ambiente, que debe facilitar la empatía o actitud de valoración positiva del medio ambiente natural, por lo que se proponen un mayor contacto con la naturaleza, un tipo de educación que incluya la convivencia y el aprendizaje en el medio natural externo a las ciudades

Pero en este ámbito se descubre una paradoja de fondo: no se reconoce ningún sujeto social con capacidad para desarrollar esa educación, pues de todos ellos se desconfía y todos están marcados por intereses particulares, sean políticos, económicos o ideológicos.

## **5. PARTICIPACIÓN Y ACCIÓN COLECTIVA**

### **5.1. Los que participan son “frikis”**

En primer lugar hay que señalar la polisemia del término participación en temas medioambientales entre los jóvenes, destacando tres significados principales: Por un lado, participación como desarrollo individual, en el ámbito doméstico y cotidiano y de conductas comprometidas con la conservación y mejora del medio ambiente. Por otro lado, participación como asistencia o implicación en actividades promovidas por las instituciones públicas. Y, por último, la pertenencia o colaboración con organizaciones sociales.

Respecto a éstas últimas, exceptuando las asociaciones deportivas y de ocio, los jóvenes en general piensan que el asociacionismo no es un asunto propio de la etapa de juventud, y que quienes se asocian son una minoría muy especial, un poco rara, unos “frikis”, en una terminología repetida por los propios jóvenes en los Grupos de Discusión.

Los jóvenes reconocen su papel como ciudadanos pasivos, frente al cual la participación colectiva se observa como un esfuerzo y compromiso ajeno a sus principales inquietudes, incluso como algo difícil de comprender desde la concepción generalizada de la condición o categoría social de juventud en el momento actual. Asumen que por el simple hecho de ser jóvenes han de mostrarse un tanto rebeldes y representar un cambio generacional. Pero este cambio se vincula con la particularidad que supone vivir el inicio de una época diferente definida por las nuevas tecnologías, y con la defensa general de valores medioambientales, pero en este tema en particular mediante formas de actuación retraídas al ámbito de lo individual, no de la organización y acción colectiva. Frente a la generación de sus padres, que generalmente asocian con la participación y la lucha por modelos de sociedad utópicos, los jóvenes muestran su desilusión respecto a las posibilidades reales de un cambio social impulsado por la participación y organización colectiva.

Se debaten, por un lado, entre el deber ser: la aceptación general de la participación en organizaciones como fórmula adecuada de defender y expandir valores universales y positivos, entre ellos los medioambientales; y, por otro, el hecho real de falta de compromiso colectivo con esos valores. Para resolver esta disonancia y justificar la mala conciencia de la propia pasividad utilizan varios argumentos. Resaltan que quienes se asocian y participan son una minoría, lo cual permite difuminar las propias responsabilidades en esa otra inmensa mayoría no asociada a la que se pertenece. Se desacredita, además, la capacidad de solucionar los problemas por parte de esa minoría social organizada: las grandes organizaciones sociales son percibidas como una voz de alerta, sensibilización y protesta frente

a la crisis ecológica, pero el nivel de la acción eficaz se traslada a las administraciones públicas y a las empresas. De este modo justifican la ausencia de implicación y acción con las organizaciones, y se delega en otros, en los centros de poder político y económico distantes e inaccesibles, las prácticas realmente útiles.

También aducen como razones desmotivadoras de la colaboración con asociaciones la existencia de intereses particulares y no transparentes de las mismas, sospechando de la voluntad última de los activistas (vista desde el prisma del egoísmo individual, que estiman dominante en la sociedad). Señalan igualmente que falta información, que no se conocen las organizaciones o no se sabe lo que hacen. Por último, el interés prioritario por asuntos como el ocio, la educación y la vivienda, y la falta de tiempo para ocuparse de otros asuntos colectivos, también son argumentos repetidos. Lo realmente importante, lo que merece dedicarle tiempo, es aquello que afecta al bolsillo, y esto corresponde al ámbito de lo privado; o todo lo ligado al mundo del ocio y la diversión, en el cual se participa simplemente por el hecho de formar parte de un grupo juvenil o por estar en concentraciones juveniles masivas.

## **5.2. Una posición minoritaria de compromiso colectivo**

Pese a todo, el medio ambiente se considera un campo de organización propio de los jóvenes, lo cual se avala con la idea de que las organizaciones de carácter ecologista están formadas principalmente por estos grupos de edad. Ahora bien, en términos de participación, el nivel máximo al que están dispuestos a llegar la mayoría de ellos (quienes sostienen la posición mayoritaria analizada al comienzo del capítulo) es el voluntariado, en lugar de la militancia o el compromiso estable y continuado.

Existe, sin embargo, una posición minoritaria, presente en todos los Grupos de Discusión, que refleja el mayor grado de compromiso y activismo con el medio ambiente. Este compromiso se plantea en un doble sentido, como aporte para la acumulación de pequeñas contribuciones que en su totalidad consiguen efectos más grandes; y, especialmente, como ejercicio de un derecho de ciudadanía y como testimonio de un cambio de valores y de conductas que se espera vayan calando en la sociedad. En relación a la posición mayoritaria, ésta pretende una mejora del medio ambiente promovida desde abajo, desde el sentir y la preocupación de los ciudadanos, pues se presupone que la transformación desde el poder político o económico es imposible o, en el mejor de los casos, insuficiente y tardía para la envergadura y urgencia de los problemas medioambientales. Más aún, por lo general esta posición se plantea como oposición al poder político/económico –ecologismo “radical”–; aunque se puede expresar también como simple conservación del medio ambiente natural, al margen de consideraciones políticas o económicas –posición conservacionista–; o como impulso de reformas menores del sistema económico y social que

faciliten la armonía entre el modelo de desarrollo económico y la preservación del medio ambiente – posición ambientalista-.

En todo caso, esta posición minoritaria de participación en organizaciones sociales y en la acción colectiva defiende el trabajo invisible de las pequeñas asociaciones locales, poco espectacular y desconocido en comparación con las acciones desarrolladas por grandes organizaciones internacionales como Greenpeace –la única organización, por cierto, que son capaces de recordar los jóvenes en los grupos de discusión-. Se ven así mismo formando parte de todo un universo asociativo diverso en cuanto a las áreas de interés y en cuanto a los métodos aplicados, pero coincidentes la mayoría de ellas en buscar la mejora del sistema social que critican.

### **5.3. Desconfianza y desinterés por las iniciativas institucionales de participación**

Por último, en lo que se refiere a la participación en actividades o iniciativas promovidas por la Administración Pública, los jóvenes muestran una gran desconfianza. Consideran que el poder político no toma en cuenta a los jóvenes, un colectivo marginal que sólo les interesa por su valor en votos en el momento de las elecciones. Deducen, en consecuencia, que no existen canales de participación adecuados a su condición juvenil y, si existieran, se desconocen, pues no hay voluntad política de informar para hacerlos efectivos. Los posibles canales de participación son percibidos como mera imagen del poder para mejorar su legitimidad, no como instrumentos reales de participación que demuestren el compromiso del poder político con la participación.

Además, dudan sobre los resultados finales de la participación a través de mecanismos de iniciativa institucional: no se participa, pero si se participase, los políticos no tomarían realmente en cuenta sus opiniones y acabarían defraudándoles. Si los políticos acabarán haciendo lo que encaje con sus intereses partidistas o con los intereses del mundo adulto, que no es todavía el suyo, lo más lógico es no participar.

Los jóvenes asumen la necesidad de los políticos, de los partidos y de las instituciones de gobierno, a los que asignan, como vimos en un capítulo anterior, la responsabilidad de impulsar la conservación del medio ambiente y de velar por el cumplimiento de las normas. Pero la opinión que muestran sobre ellos es muy crítica, pues entienden que buscan el poder político para alcanzar sus intereses egoístas, no por el bien común, incurriendo así en una contradicción evidente que, sin embargo, no les inquieta. Al tiempo que rechazan y descalifican todo lo relacionado con los políticos (partidos, gobiernos, administraciones públicas), delegan en ellos la responsabilidad principal de informar, formar e impulsar la mejora del medio ambiente.